

tra independencia.» Separándose un momento de la caballería y corriendo á la derecha en busca de Erlón, cuya infantería había logrado apoderarse del camino de Ohain y continuaba batiéndose contra los batallones casi destruidos de Pack y de Kempt: «*Sostente bien, amigo mío*, le dijo, *porque si tú y yo no morimos aquí heridos por las balas de los ingleses, no nos queda otro remedio que perecer miserablemente heridos por las de los emigrados*. ¡Triste y dolorosa profecía! Este héroe sin igual, corriendo, como decimos, de sus infantes á sus jinetes, los sostiene bajo el fuego, y se sostiene él mismo, milagro palpable de invulnerabilidad, porque parece que las balas del enemigo no pueden alcanzarle. Cuatro mil jinetes de los suyos yacen en tierra, pero en cambio diez mil ingleses entre infantes y jinetes han pagado con su vida su tenaz resistencia. Casi todos los generales ingleses se hallaban heridos de mayor ó menor gravedad. Una multitud de prófugos, so pretexto de recoger á los heridos, llegan con los mozos, las cantineras y los conductores de bagajes al camino de Bruselas, gritando que todo ha concluido, que la batalla está perdida. Los soldados que no han abandonado las filas permanecen por el contrario inmóviles en su puesto. El duque de Wellington, elevando su firmeza al nivel del heroísmo de Ney, les dijo que los prusianos se aproximaban, que en breve se presentarían, y que de todos modos era preciso morir esperándolos. Mirando su reloj invocó la llegada de la noche ó la de Blücher. Pero le quedaban treinta y seis mil hombres en la meseta en donde Ney hacía alarde de su encarnizamiento, y todavía no desesperaba de conseguir un triunfo completo.

Ney tampoco perdía sus esperanzas, y estos dos grandes hombres contrapesaban los destinos de las dos naciones. Entonces se produjo un extraño fenómeno de laxitud. Durante cerca de una hora los combatientes fatigados cesaron de atacarse. Los ingleses apenas disparaban algunos cañonazos con los restos de su artillería, y los jinetes franceses por su parte teniendo tras sí sesenta piezas conquistadas y seis banderas, permanecían inmóviles contemplando á sus pies millares de cadáveres.

Mientras tenía lugar este combate sin ejemplo, digno y terrible fin de este sangriento siglo, el coronel Heymés se acercó á Napoleón para pedirle fuerzas de infantería en nombre de su mariscal. «¡Infantería!, respondió Napoleón no pudiendo contener más tiempo su irritación, ¿de dónde quiere que la saque?, ¿quiere que la fabrique?.. Ved lo que tengo encima y lo que me resta.» Con efecto, la situación se complicó agravándose con extremo por el lado de la derecha. Al cuerpo de Bulow, compuesto de treinta mil hombres que Napoleón procuraba contener con los diez mil soldados de Lobau, acababan de unirse espesas columnas que se descubrían en los fondos arbolados de donde salía el ejército prusiano.

Era evidente que las fuerzas de Napoleón tendrían que luchar contra todas las de Blücher, es decir, contra ochenta mil hombres, á los cuales no podía oponer más que la infantería de la guardia, es decir, trece mil combatientes, porque la caballería de esta guardia y toda la reserva, dragones y coraceros acababan de ser empleados y fatigados por el mariscal Ney en una ten-

tativa prematura (1). En cuanto á la llegada de Grou-

(1) Las aserciones de Napoleón sobre este particular han sido contestadas, hasta se ha llegado á decir que ordenó el movimiento de caballería ejecutado por Ney de un modo tan prematuro. Repetiré desde luego que si cualquiera aserción procedente de Santa Elena no es necesariamente verdadera, tampoco es necesariamente falsa. Napoleón ha dicho en la relación suscrita por el general Gourgaud y repetido en la que lleva su nombre, que recomendó á Ney que se estableciese en el Haye Sainte, esperando nuevas órdenes en este punto, y que sintió vivamente la carga de caballería de Ney, pero que al verla comenzada se decidió á sostenerla. Esta aserción es tan verosímil que por mi parte estoy dispuesto á darle crédito. Por lo demás hay pruebas de su exactitud que me parecen convincentes. En primer lugar Napoleón se preocupó tanto con el ataque de los prusianos que suspendió toda acción que no se dirigiese contra ellos, y no quiso distraer un solo batallón de la guardia antes de haber contenido á Bulow. ¿Cómo, pues, admitir que no queriendo separar de su derecha una porción cualquiera de su infantería de reserva, consintiese en lanzar contra el enemigo su caballería de línea, cuando se veía todavía en la imposibilidad de destacar ninguna sección de su infantería para sostenerla? ¿Es por ventura natural que ordenase lo que el más incapaz de los generales no hubiera osado prescribir? Se nos responderá quizás que á pesar de todo Ney obró de esta manera; pero téngase presente que Ney no era Napoleón. Ney se hallaba sobre el terreno, agitado, fuera de sí, no mandaba en jefe, y no sabía lo que Napoleón, que por entonces no podía esperar el más insignificante socorro de infantería. Si puede concebirse la falta respecto de Ney, no sucede lo mismo tratándose de Napoleón. Además nos quedan los testimonios, que son concluyentes.

El defensor más absoluto de Ney, el coronel Heymés, testigo ocular, hablando de esta famosa carga de caballería, no se ha atrevido á decir que fuese ordenada por Napoleón; y ciertamente que si hubiese podido alegar esta excusa no hubiera dejado de hacerlo. Se limita á manifestar que Ney quiso tomar posesión del terreno y de la artillería que parecían abandonados por el duque de Wellington en su movimiento retrógrado. No habiendo sido invocada una excusa tan radical por los mismos que han desfigurado los hechos con el fin de justificar al mariscal Ney, resulta á todas luces que esta excusa no ha existido jamás. Por último, hay otra prueba en mi concepto tan decisiva como la primera. Napoleón, que escribió en Laón el Boletín circunstanciado de la batalla en presencia de Ney, que podía desmentir sus aserciones y que no dejó efectivamente de atacar á este Boletín dos días después en la cámara de los pares, Napoleón, decimos, no titubeó en escribir que la caballería, *cediendo á un ardor irreflexivo*, había cargado sin orden suya. Testigos oculares dignos de fe me han asegurado que al redactar Napoleón el Boletín en Laón pronunció estas palabras: «Podría achacar á Ney la culpa principal de la jornada, pero no lo haré nunca.» Por esta razón fué por lo que sin nombrar á Ney atribuyó al *ardor irreflexivo* (y era verdad) la torpeza de gastar todas las fuerzas de la caballería francesa antes de que llegase el momento oportuno. Fácilmente se comprende que no hubiera hablado de este modo en presencia de Drouot, en presencia de tantos testigos oculares, si hubiera ordenado la carga de que se trata. Por fin Ney, dos días después, atacando violentamente en la cámara la dirección general de las operaciones, es decir, atacando á Napoleón, no se atrevió á alegar para excusarse que le prescribiese el empleo intempestivo que dió á la caballería, lo que hubiera destruído la censura que por entonces fulminaban contra él todas las bocas. Ahora bien, la escena referida en la relación de Gourgaud, pág. 97, y en la que el mariscal Soult dice: *Ese hombre va á comprometerlo todo como en Jena*, adquirió en el ejército una verdadera notoriedad, y yo he oído contarla más de una vez á varios testigos oculares.

Así pues, en mi opinión, las pruebas irrefragables consisten en que Napoleón, suspendiendo la acción á causa de los prusianos, no podía en aquellos momentos ordenar una carga general de toda su caballería; en que, hallándose Ney en posición de desmentirle, no titubeó en escribir en el Boletín de la batalla que esta carga fué motivada por un *ardor irreflexivo*, y que Ney dos días después, al recriminarle violentamente, no presentó la excusa tan sencilla, tan completa, de que este *ardor irreflexivo* era obra de Napoleón por haberle autorizado con una orden suya. Considero, pues, como cierto que Ney fué impulsado, y que una vez comenzado el movi-

chy, Napoleón había cesado de esperarla, porque no se tenía noticia alguna de este comandante del ala derecha francesa, y observando con la mayor atención el horizonte, escuchando con el oído más fino, no se distinguía ni una sombra, no se percibía ningún ruido que indicase su presencia ni aun su proximidad. La infantería de la guardia que el coronel Heymés pedía á Napoleón era, pues, su único recurso contra una espantosa catástrofe.

No hay duda en que si hubiera podido ver por sus propios ojos lo que Ney le decía acerca del ejército británico, y si el peligro no se hubiera agravado á la derecha y hubiera podido contener á Bulow con las fuerzas de Lobau, hubiera debido enviar contra los ingleses á la infantería de la guardia para acabar de destruirlos, y volverse en seguida contra los prusianos para oponerles los restos de un ejército es verdad, pero restos victoriosos! De este modo hubiera salido de aquella contienda como un hombre valiente que teniendo que combatir á dos enemigos, logra triunfar del uno y del otro, cayendo medio muerto sobre el cadáver del último. Pero dudaba del juicio de Ney, no le perdonaba su precipitación y veía al ejército prusiano salir en masa de aquel antro que vomitaba sin cesar nuevos enemigos. Quiso, pues, detener á los prusianos combatiendo formalmente contra ellos antes de ir á intentar en el centro el triunfo de una batalla dudosa, dejando á su derecha otra que sería probablemente perdida y mortal. Sin embargo, después de un momento de irritación, recuperando el imperio que tenía sobre sí, envió á Ney una respuesta menos dura y menos desoladora que la que había dado al principio al coronel Heymés. Dijo á este último, para que se lo comunicase al mariscal, que si la situación era difícil en la meseta de Mont Saint-Jean, no lo era menos en las orillas del arroyo de Lasne; que tenía encima al ejército prusiano en su totalidad; que cuando consiguiese rechazarle ó por lo menos contenerle, iría con la guardia á concluir por medio de un esfuerzo desesperado la victoria medio ganada sobre los ingleses; que hasta entonces era preciso que á toda costa permaneciese en la meseta, toda vez que tanto se había apresurado en llegar á ella, y que con tal que se sostuviese allí una hora, sería pronta y vigorosamente socorrido.

Con efecto, mientras que el coronel Heymés iba á llevar á Ney esta respuesta, tan diferente de la que el mariscal esperaba, el combate con los prusianos llegó á ser tan terrible como con los ingleses. Blücher, acudiendo á las alturas que se hallaban al borde del arroyo de Lasne, veía distintamente lo que pasaba en la meseta de Mont Saint-Jean, y por más que no le disgustase dejar á los ingleses en la agonía con el objeto de castigarlos por el socorro en su concepto tardío que de ellos había recibido en Ligny, no quería comprometer la causa común impulsado por mezquinos resentimientos. Notando desde lejos los formidables asaltos de los coraceros franceses, ordenó á Bulow que rompiera la derecha de los franceses y prescribió á Pirch, que mandaba quince mil hombres, que secundase á Bulow con todos sus recursos; á Ziethen, que contaba sobre poco más ó

miento, se resignó Napoleón á sostenerle, porque en efecto no podía obrar de otra manera. La segunda orden, inevitable en vista de las circunstancias, ha sido confundida con la primera. Yo no soy en este caso el apologista, sino el historiador que busca la verdad, ni más ni menos. (N. del A.)

menos con otros tantos, que fuese á sostener la izquierda de los ingleses por el camino de Ohain, y á unos y á otros que apresurasen el paso procurando terminar la guerra en aquella memorable jornada.

El ardor de Blücher penetró en todas las almas, y los prusianos, excitados por el patriotismo y por el odio, hacían esfuerzos inauditos para establecerse en la especie de promontorio que se adelanta entre el arroyo de Smohain y el arroyo de Lasne.

Mientras que la división de Losthin procuraba apoderarse del castillo de Fricherfont, y la de Hiller de la heredad de Hanotelet, dejaron entre ellas un espacio que Bulow llenó con la caballería del príncipe Guillermo. El valiente conde de Lobau, á caballo en medio de sus soldados, cuyas filas dominaba con su estatura, mostraba una imperturbable sangre fría, se retiraba lentamente como si tomase parte en un simulacro, lanzando tan pronto la caballería de Subervic y de Domón sobre los escuadrones del príncipe Guillermo como deteniendo con cargas de bayoneta á la infantería de Losthin á su izquierda y á la de Hiller á su derecha. Eran las seis de la tarde, y de las siete mil quinientas bayonetas con que contaba había perdido dos mil quinientas, lo que reducía el número de sus infantes á cinco mil en presencia de treinta mil hombres. El peligro mayor que le amenazaba era el de ser invadido por la derecha, porque los prusianos hacían los mayores esfuerzos para rodear á los franceses. Con efecto, remontando el arroyo de Lasne hasta su nacimiento, se llegaba á la aldea de Planchenois, situada detrás de la Belle-Alliance, es decir, á la derecha y á la espalda de las tropas francesas. Si el enemigo, siguiendo el barranco, penetraba en esta aldea construída en el fondo mismo del barranco, se hallaban los soldados de Lasne; que tenía encima al ejército prusiano en su totalidad; que cuando consiguiese rechazarle ó por lo menos contenerle, iría con la guardia á concluir por medio de un esfuerzo desesperado la victoria medio ganada sobre los ingleses; que hasta entonces era preciso que á toda costa permaneciese en la meseta, toda vez que tanto se había apresurado en llegar á ella, y que con tal que se sostuviese allí una hora, sería pronta y vigorosamente socorrido.

Con efecto, mientras que el coronel Heymés iba á llevar á Ney esta respuesta, tan diferente de la que el mariscal esperaba, el combate con los prusianos llegó á ser tan terrible como con los ingleses. Blücher, acudiendo á las alturas que se hallaban al borde del arroyo de Lasne, veía distintamente lo que pasaba en la meseta de Mont Saint-Jean, y por más que no le disgustase dejar á los ingleses en la agonía con el objeto de castigarlos por el socorro en su concepto tardío que de ellos había recibido en Ligny, no quería comprometer la causa común impulsado por mezquinos resentimientos. Notando desde lejos los formidables asaltos de los coraceros franceses, ordenó á Bulow que rompiera la derecha de los franceses y prescribió á Pirch, que mandaba quince mil hombres, que secundase á Bulow con todos sus recursos; á Ziethen, que contaba sobre poco más ó

Habiendo dado Blücher á cosa de las seis y media la orden de tomar á Planchenois, Hiller forma seis batallones en columna, y después de acribillar la aldea con sus balas y sus granadas, trata de penetrar en ella con la bayoneta calada. Los soldados franceses situados en las ventanas de las casas los reciben al principio con un terrible fuego; después Duhesme guiando á uno de sus batallones rechaza con la bayoneta á los prusianos y los arroja al barranco, en donde su artillería los cubre de metralla, y se repliegan en desorden horriblemente maltratados á consecuencia de su inútil tentativa.

Entonces Blücher reitera á sus generales la orden absoluta de apoderarse de Planchenois, é Hiller en presencia de su mismo jefe reforma sus batallones después de dejarles respirar un instante, los aumenta con ocho más, y con catorce vuelve á la carga resuelto á conquistar esta vez la posición tan violentamente disputada. Estos catorce batallones penetran hasta el fondo del barranco, en cuyos bordes se hallan los soldados franceses, y avanzan en medio de un verdadero abismo de fuego. Aunque cayendo á centenares, estrechan las filas al marchar sobre los cadáveres de sus compañeros, se impulsan los unos á los otros y acaban por entrar en la desventurada aldea de Planchenois y por llegar hasta el mismo nacimiento del barranco. Un paso más, y se encuentran en la calzada de Charleroy. Los jóvenes soldados de la guardia se repliegan conmovidos al ver lo que han tenido que sufrir; pero Napoleón está á su lado y la guardia veterana reparará la pérdida. Esta invencible tropa no se deja arrebatar la línea de retirada de los franceses, su única salvación. Napoleón llama al general Morand, le confía un batallón del 2.º de granaderos, otro del 2.º de cazadores, y le ordena que con tenga y rechace la tentativa del enemigo.

Pasa á caballo por delante de sus batallones y les dice: «Amigos míos, henos ya en el momento supremo: no se trata de disparar, sino de luchar con el enemigo cuerpo á cuerpo y de precipitarle con las bayonetas al fondo del barranco de donde ha salido y desde donde amenaza al ejército, al imperio y á la Francia.» *Viva el emperador!*, esta fué la respuesta que dió á sus palabras aquella heroica tropa. Los dos batallones designados rompen el cuadro, se forman en columnas, y el uno á la izquierda y el otro á la derecha se dirigen al borde del barranco por donde los prusianos se presentaban ya en gran número, y atacan á los sitiadores con un paso tan firme, con un brazo tan vigoroso, que todo cede á su empuje; furiosos contra el enemigo que quería arrollarlos, echan por tierra ó matan á todos los que resisten á su paso, y convierten en un torrente de prófugos á los batallones de Hiller que acababan de vencer á la guardia joven. Sirviéndose tan pronto de la bayoneta como de la culata de sus fusiles, hieren ó golpean, y es tal el ardor que los domina, que el tambor mayor de uno de los batallones mata con el puño de su bastón á todos los prófugos que puede alcanzar. Arrastrados por el torrente que han producido, los dos batallones de la guardia veterana se precipitan en el fondo del barranco, y suben perseguiendo á los prusianos al lado opuesto hasta la aldea de Maransart, situada enfrente de Planchenois.

Allí los detiene la metralla enemiga, y se ven obligados á replegarse; pero quedan en posesión de Planche-

nois y de la calzada de Charleroy, bastando dos batallones para vengar á la guardia joven. Pueden calcularse en dos mil las víctimas que hicieron con su espantosa carga.

A juzgar por las apariencias parecía rechazado el temible ataque de flanco intentado por los prusianos. Si algún nuevo incidente ocurría, este incidente no podía ser otro, según todas las probabilidades, que la aparición de Grouchy, la cual después de haber sido esperada tanto tiempo debía al fin realizarse, y en este caso acarrear á los prusianos un nuevo desastre, porque se encontrarían entre dos fuegos. Efectivamente se oía por el lado de Wavre un cañon que atestiguaba la presencia del ala derecha francesa en aquel punto: pero el destacamento que formalmente se había pedido á Grouchy debía estar en camino, y bastaba su llegada al paraje que ocupaba la retaguardia de Bulow para producir importantes consecuencias. Durutte se sostenía en el ángulo de la línea de batalla francesa, en la Papelotte; en el centro, á la izquierda, la meseta de Mont-Saint-Jean permanecía cubierta por la caballería, y acababan de llevar á los pies de Napoleón las seis banderas que sus jinetes habían conquistado á la infantería inglesa. El aspecto de la jornada, sombrío al principio, parecía aclararse. El corazón de Napoleón, oprimido un instante, respiraba, y podía contar con una nueva victoria, conduciendo á su guardia veterana, libre ya, detrás de la caballería para completar la derrota de los ingleses. Hasta entonces, sesenta y ocho mil franceses habían resistido á cerca de ciento cuarenta mil ingleses, prusianos, holandeses, alemanes, y les habían tomado una gran parte del campo de batalla.

Aprovechando con prontitud el momento decisivo, el del ataque rechazado de los prusianos, para lanzar su reserva contra los ingleses, ordenó Napoleón la reunión de la guardia veterana, para que, dirigiéndose al centro de su línea de batalla, es decir, á la meseta de Mont-Saint-Jean se precipitase á través de las filas de los cocareros sobre la agotada infantería británica. Aunque también se hallaba fatigada la caballería francesa, al ver á su lado á la guardia veterana, no puede menos de recuperar su ímpetu, de cargar otra vez más, y de terminar aquella terrible lucha. Es verdad que carecerá de reserva para atender á cualquier accidente imprevisto, pero el gran jugador ha llegado á ese extremo en el que la prudencia es la desesperación.

De los veinticuatro batallones de la guardia reducidos á veintitrés después de Ligny, sólo trece quedaban á Napoleón. Ocho de la guardia joven habían agotado sus fuerzas en Planchenois y su presencia era indispensable en este punto: dos de la guardia veterana habían decidido la derrota de los prusianos y tampoco debían abandonar su puesto. De los trece restantes uno se hallaba formado en cuadro en la encrucijada del camino de Planchenois y la calzada de Charleroy, no siendo seguramente demasiadas sus fuerzas para guardar la línea de comunicación de los franceses. Aun echando mano de sus últimos recursos, no podía dispensarse de dejar dos batallones en el cuartel general para atender á cualquier accidente, por ejemplo el de un nuevo esfuerzo de los prusianos para apoderarse de Planchenois. Napoleón dejó, pues, los dos batallones del 1.º de granaderos en Rossomme, un poco atrás de la heredad de

la Belle Alliance, y dirigió en persona hacia adelante á los otros diez que constituían una masa de cerca de seis mil infantes, pertenecientes á los batallones de la guardia media y de la guardia veterana, soldados más ó menos antiguos, pero todos aguerridos, resueltos á vencer ó morir y suficientes para romper cualquier línea de infantería.

Napoleón se hallaba ocupado en formarlos en columnas de ataque sobre el borde del valle que los

drán los mejores resultados. Después de encargar á La Bedoyere la misión de extender este útil engaño, se decide á lanzar sobre la meseta de Mont-Saint-Jean los diez batallones de la guardia que sirven á sus inmediatas órdenes. Confía cuatro de ellos al bizarro Friant para que ejecute un ataque furioso de concierto con Reille, quien debe reunir para llevar á cabo esta última tentativa todos los restos de su cuerpo, y después forma los otros seis diagonalmente desde el Haye-Sainte hasta



El príncipe Guillermo de Prusia

separaba de los ingleses, cuando oyó algunos disparos hacia Papelotte, es decir, en el ángulo de su línea de batalla. Su corazón se vió sobrecogido por una especie de temblor. Podía ser la llegada de Grouchy, podía ser también un nuevo ataque de los prusianos, y en la duda prefería que no fuese ni lo uno ni lo otro. Pero sus inquietudes se aumentan al ver algunas tropas de Durutte abandonar la heredad de la Papelotte al grito de *Salvase el que pueda*, proferido por la traición ó por los que la temían. Napoleón dirige su caballo hacia los prófugos, les habla, los devuelve á sus filas, y se dirige al Haye-Sainte, cuando al fijar sus ojos en la meseta nota cierto movimiento en su caballería, hasta entonces inmóvil. Un siniestro presentimiento cruza por su alma y comienza á creer que sus jinetes han visto desde aquella elevada posición nuevas tropas prusianas. Inmediatamente rechazando al pesar, consagrándose en cuerpo y alma á la acción, envía á La Bedoyere para que recorra á galope de derecha á izquierda las filas de los soldados, y les diga que los disparos que escuchan son los que hacen las tropas de Grouchy, y que con tal que permanezcan fuertes algunos instantes, se obtien-

Planchenois á fin de enlazar su centro con su derecha y de poder contrarrestar los nuevos acontecimientos que teme. Su intención es, si estos acontecimientos carecen de la gravedad que supone, la de guiar por sí mismo estos seis batallones después de los cuatro primeros, para destruir á toda costa la línea inglesa y terminar la jornada con esta operación.

Conduciendo por la calzada de Bruselas á los cuatro batallones destinados á ejecutar el primer ataque, encuentra en el camino á Ney fuera de sí, gritando que la caballería va á perder terreno si no llega al instante en su socorro un poderoso refuerzo de infantería. Napoleón le confía los cuatro batallones, y le promete otros seis, sin añadir, lo que por desgracia era inútil decir, que la salvación de la Francia dependía de la carga que iban á ejecutar. Ney con los cuatro batallones sube á la meseta en el mismo momento en que los restos del cuerpo de Reille se disponen á salir del bosque de Goumont.

Mientras que Ney y Friant se aprestan á cargar con su infantería, el duque de Wellington, al ver los morriones de la guardia, comprende que el momento supremo

ha llegado y que la grandeza de su patria, la suya, van á ser el precio de su último esfuerzo. Descubre desde lejos que se aproximan nuevas columnas prusianas, y con la esperanza de ser socorrido, resuelve mantenerse firme hasta no poder más, aunque las masas de sus prófugos cubren ya el camino de Bruselas, y procura comunicar á sus compañeros de armas la fuerza de su alma. Kempt, que ha reemplazado en el mando del ala izquierda á Picton, muerto poco antes, le pide refuerzos porque no le quedan más que dos ó tres mil hombres. «Que perezcan todos, responde el duque, no tengo ya refuerzos que enviarles.» El general Hill, segundo comandante del ejército, le dice: «Podéis morir. ¿Qué orden tenéis que darme?—La de morir todos, si es preciso, para dar tiempo á que vengan los prusianos.» Estas nobles palabras pronunciadas, el duque de Wellington estrechó su línea, la formó ligeramente en figura de arco con el fin de colocar á los nuevos sitiadores en medio de fuegos concéntricos, después ordenó á los guardias de Maitland que se echaran en el suelo, y esperó inmóvil la aparición de la guardia imperial.

Ney y Friant avanzan efectivamente con sus batallones, y para llegar á la meseta los escalonan, primero el de la izquierda, los otros sucesivamente, cada cual un poco á la derecha y detrás del precedente. Apenas se presenta el primero firme y alineado, le acoge la metralla, y atraviesa sus filas por cien partes. La línea de los morriones de pelo flota sin retroceder y avanza con una firmeza heroica. Los demás batallones desembocan á su vez, sufriendo el mismo fuego sin mostrarse menos animados. Se detienen para disparar y devuelven con un fuego terrible el mal que les han hecho. Las divisiones Foy y Bachelú del cuerpo de Reille, que en aquel mismo instante suben á la meseta por la izquierda, llaman hacia sí una parte de los disparos del enemigo.

Los batallones de la guardia se disponen, después de haber descargado sus fusiles, á calar la bayoneta para trabar un duelo á muerte con la infantería británica, cuando de pronto y á una señal del duque de Wellington los guardias de Maitland, que estaban echados en el suelo, se levantan y hacen casi á boca de jarro una espantosa descarga. Ante esta cruel sorpresa, los soldados franceses no retroceden, pero estrechan sus filas para marchar adelante. El anciano Friant, modelo de veteranos, á pesar de hallarse gravemente herido, baja ensangrentado para anunciar que la victoria es segura si nuevos batallones acuden á apoyar á los primeros, y encuentra á Napoleón, quien después de haber colocado de medio lado á un batallón de la guardia formado en cuadro, á fin de contener la caballería enemiga, se adelanta para guiar en persona al asalto de la línea inglesa los cinco batallones que le quedan. Mientras que escucha las palabras de Friant, sin separar su vista de la derecha, percibe de pronto en la dirección de Papelotte cerca de tres mil jinetes que se precipitan por el declive del terreno. Eran los escuadrones de Vandeleur y de Vivian, que al ver llegar por el camino de Ohain al cuerpo prusiano de Ziethen, se apresuran á cargar al hallarse apoyados. Con efecto, mientras que el cuerpo de Pirch había acudido á sostener á Bulow, el de Ziethen, costeano la selva de Soignes, acudía en

auxilio del ala izquierda del duque de Wellington. Eran las ocho, y su presencia iba á resolver el problema. La caballería de Vandeleur y de Vivian inundó el centro del campo de batalla en un abrir y cerrar los ojos. Napoleón, que había dejado uno de sus batallones en cuadro, corre á los otros para formarlos del mismo modo é impedir que su línea sea rota entre el Haye-Sainte y Planchenois. Si la caballería de la guardia estuviera intacta, se desharía sin dificultad de los escuadrones de Vivian y de Vandeleur, y una vez despejado el terreno podría atraer hacia sí su ala izquierda y su centro, comprometido en la meseta de Mont-Saint-Jean, retirarse con buen orden hacia su derecha, y recogiendo de este modo sus fuerzas dispersas, pasar la noche en el campo de batalla; pero no conserva de toda la caballería de la guardia más que cuatrocientos cazadores para oponerlos á tres mil jinetes. Sin embargo, los lanza, y estos valientes, precipitándose sobre los escuadrones de Vivian y de Vandeleur, rechazan al principio á los más avanzados, pero no tardan en ser vencidos bajo el impulso siempre creciente de la caballería enemiga.

En un instante y como por encanto se ve lleno el campo de batalla de uniformes ingleses y prusianos, pertenecientes á la caballería de ambos ejércitos. Formando ciudadelas los batallones de la guardia cubren de fuego á estos jinetes, pero no pueden impedir que se distribuyan en todas las direcciones. Para colmo de desgracia la infantería de Ziethen, llegada después de la caballería prusiana, ataca á la división Durutte, ya media destruida, le arrebató las heredades del Haye y de la Papelotte, y de este modo priva á los franceses del eje sobre el que se apoyaba el ángulo de su línea de batalla, replegada en figura de martillo desde que fué preciso hacer frente á dos enemigos á la vez. A partir de este instante todo es trastorno y confusión. La caballería de línea detenida en la meseta de Mont-Saint-Jean por la indomable firmeza de Ney, viéndose envuelta, se retira para no ser separada del centro del ejército. Este movimiento retrógrado sobre el terreno en declive se convierte en seguida en un torrente impetuoso de hombres y de caballos. Los restos de las fuerzas del conde de Erlón se desbandan detrás de la caballería. Ebrio de alegría el general inglés, que hasta entonces se había limitado á defenderse, toma la ofensiva, y hace avanzar su línea contra los batallones de la guardia, reducidos á más de la mitad. Los ejércitos inglés y prusiano marchan de izquierda á derecha sobre los franceses precedidos de su artillería que vomita fuegos destructores. Napoleón, no ocultándose ya el desastre, procura, sin embargo, retener á los prófugos aumentando con ellos los batallones de la guardia formados en cuadro. Con la desesperación en el alma y la tranquilidad en la frente, permanece en medio de una lluvia de balas para sostener á su infantería y oponer un dique al desbordamiento de los dos ejércitos victoriosos. En aquel momento montaba un caballo gris mal adiestrado, porque se agitaba con las balas y las granadas; Napoleón pidió otro á su paje Gudín, disponiéndose á recibir como un beneficio el golpe que le arrebatase la vida.

Las infanterías inglesa y prusiana continúan aproximándose á los cuadros de la guardia, los cuales ha-

biendo resistido al principio á la caballería, se ven obligados á retroceder impulsados por el enemigo y por el torrente de los que huyen. El ejército francés, después de haber desplegado en esta jornada un valor sobrehumano, cae de repente en el abatimiento que sigue á las violentas emociones. Desconfiando de sus jefes, no fiándose más que de Napoleón, y para colmo de desdicha no viéndole desde que las tinieblas envuelven el campo de batalla, le llama, le busca, no le encuentra, le cree muerto, y se entrega á una verdadera desesperación. «Está herido,» dicen los unos, «está muerto,» exclaman los otros, y al oír esta noticia, inventada por la desesperación, el desgraciado ejército francés huye en todas direcciones pretendiendo que le han vendido y que, si Napoleón ha muerto, no le queda nada que hacer en este mundo. Si un cuerpo entero hubiera podido correr al encuentro de los prófugos, de volverlos á las filas, ilustrarlos, enseñarles á Napoleón vivo, se hubieran detenido todavía á luchar ó á morir. Pero se han agotado todas sus fuerzas, y cuatro ó cinco cuadros de la guardia en medio de ciento cincuenta mil hombres victoriosos, son como tres ó cuatro cimas de rocas que el Océano furioso cubre con su espuma. El ejército no ve ni siquiera estos cuadros, ahogado en medio de las oleadas del enemigo, y huye en desorden por el camino de Charleroy. En él encuentra los furgones de la artillería, que habiendo agotado sus municiones van vacíos. La confusión se aumenta, y la calzada de Charleroy no tarda en presentar un verdadero caos en el que reinan el tumulto y el terror. La historia no puede referir más que algunas desesperaciones sublimes, y debe registrarlas para el eterno honor de los mártires de nuestra gloria, para el castigo de los que prodigan sin razón la sangre de los hombres.

Los restos de los batallones de la guardia, empujados por la confusión hasta el valle, se baten siempre sin querer rendirse. En aquel momento se oyó esta célebre frase que durará los siglos de los siglos, pronunciada, según unos por el general Cambronne y según otros por el coronel Michel: *¡La guardia muere y no se rinde!* Cambronne, herido casi mortalmente, permanece tendido en el campo y no permite á los soldados abandonar las filas para llevarle á ser curado. El segundo batallón del 3.º de granaderos que se hallaba en el valle, reducido de quinientos á trescientos hombres, teniendo á sus pies á sus propios camaradas, delante de sí centenares de jinetes muertos, se negó á rendir las armas, obstinándose en combatir al enemigo. Estrechando sus filas á medida que caían sus hombres, esperaba el último ataque, y asaltado por sus cuatro frentes hace una descarga terrible con la que echa por tierra á centenares de jinetes. Furioso el enemigo, se provee de artillería y dispara sobre los cuatro ángulos del cuadro. Destruídos los ángulos de esta fortaleza de carne humana, se estrecha el cuadro, no presentando más que una forma irregular, pero persistente, tenaz. Ensancha sus filas para ocupar mayor espacio y proteger de este modo á los heridos que buscan un asilo en su seno. Sufre otra carga y permanece en pie, matando nuevos enemigos con sus disparos. Harto reducido el número de sus hombres para continuar en cuadro, aprovecha una tregua para tomar una nueva forma y adopta la de un triángulo vuelto hacia el enemigo, con el fin de pro-

teger al retrogradar á todos los que se han refugiado detrás de sus bayonetas. No tarda en verse nuevamente asaltado. *No nos rendimos*, exclaman los ciento cincuenta hombres que quedan todavía en pie. Después de disparar sus fusiles por la última vez se precipitan todos sobre la caballería que los persigue con encarnizamiento, y matan hombres y caballos con sus bayonetas hasta que al fin sucumben en este sublime y postrimer esfuerzo. Adhesión admirable, de la que no hay ejemplo en la historia de los siglos.

Ney, terminando dignamente aquella jornada en la que Dios le concedió para expiar sus faltas la ocasión de desplegar el mayor heroísmo conocido, Ney, decimos, encontró al descender de la meseta de Mont-Saint-Jean los restos de la división Durutte que se batía en retirada. Algunos centenares de hombres, nobles residuos de esta división, que comprendían una parte del 95, mandada por el comandante de batallón Rulliere, se retiraban con sus armas. El general Durutte se había dirigido algo adelante en busca de un camino, cuando Ney sin tricorno, con la espada rota en la mano, el uniforme desgarrado y encontrando todavía un puñado de hombres con armas, corrió hacia ellos para guiarlos contra el enemigo. «Venid, amigos míos, les dijo, venid á ver como muere un mariscal de Francia.» Aquellos valientes, arrastrados por su presencia, se vuelven y se precipitan desesperados sobre una columna prusiana que los perseguía. Al pronto hacen en ella una horrible matanza, pero no tardan en ser derrotados, y apenas logran escaparse de la muerte unos doscientos hombres. El comandante de batallón Rulliere rompe la lanza que lleva el águila del regimiento, oculta el águila bajo su casaca, y sigue á Ney, desmontado por la quinta vez y siempre sin recibir herida alguna. El ilustre mariscal se retira á pie, hasta que un subteniente de caballería le ofrece su caballo y puede reunirse con el grueso del ejército, que se halla en salvo, gracias á la noche, que cubre como un velo fúnebre aquel campo de batalla en el que yacen setenta mil hombres muertos ó heridos, ios unos franceses, los otros ingleses ó prusianos.

En medio de esta horrible escena, los soldados franceses huyendo en desorden y buscando al hombre á quien no cesaban de idolatrar, por más que fuese el principal autor de sus infortunios, continuaban preguntando por Napoleón, y creyéndole muerto se alejaban más de prisa. Con efecto, era un milagro que no hubiese sucumbido; pero tanto para él como para Ney parecía la Providencia preparar un fin más fecundo en lecciones morales. Después de haber desafiado mil veces á la muerte, se dejó encerrar en el cuadro del primer regimiento de granaderos que mandaba el comandante de batallón Martenot. De este modo avanzaba confundido con una porción de heridos en medio de sus viejos granaderos, orgullosos del precioso depósito confiado á su adhesión, resueltos á no dejarse arrancar de las manos y no desesperando, en aquella jornada de desesperación, de los destinos de la Francia mientras viviese su antiguo general.

En cuanto á él, había perdido todas sus esperanzas; se retiraba á caballo en el centro del cuadro, con el rostro sombrío, pero impasible, sondeando el porvenir con su penetrante mirada, y descubriendo en lo que sucedía otra cosa que una batalla perdida. No salía de este abis-